Damiselas en apuros

dorian fadir prado

Image not found.

Capítulo 1

Damiselas en apuros.

preludio.

La noche empezaba tan calurosa como la claridad del día que recién finalizaba. El cielo oscurecido por el abandono del astro rey lucía absolutamente despejado, como engalanado para una noche cándida y pacífica, como esperando que en el fin de aquella jornada una tranquilidad ilusoria y utópica cobijara a propios y extraños en un manto totalmente ilusorio. El ambiente que se respiraba en las calles y avenidas de la populosa ciudad era propio de un jueves en los albores de su agitada movida nocturna, siempre condimentado por el lugar donde se estuviera; en las calles cosmopolita, los locales comerciales empezaban a atiborrarse de alegres comensales dispuestos a ahogarse en refrigerios y bebidas espirituosas; en las barriadas populares, los lugareños comenzaban a departir en aquellas fiestas que pueden durar hasta cuatro días; en plazas y avenidas, algunos entusiastas de la libertad departían entre tragos y humaredas sobre triunfos épicos e ilusorios, y en las calles más oscuras las parejas empezaban el precalentamiento de una noche difusa y lujuriosa.

Mientras la noche citadina efervecía en su decadente rutina, en una urbanización apartada, lejana de cualquier otro punto, tan exclusiva que el solo pensar en ella o nombrarla producía en extraño peso sobre los hombros y un incómodo escozor en los labios; en ese cuasi inhóspito lugar una gran mansión, de cercas enormes y electrificadas adornadas con imágenes de concreto mesiánicas, tan solemnes como corruptas, de jardines frondosos e interminables que invitan a cualquier espalda a recostarse en ellos, de paredes inmaculadas de un blanco ostra casi virginal, de innumerables ventanas con cuartos tan grandes que familias enteras podrían vivir en ellos. En ese lugar ostentoso y soñado todas la luces se veían apagadas en esta joven noche, todas excepto una ubicada en el primer piso de la ladera oriental, una luz naranja y tenue digna de un ambiente clandestino o soporífero. Sin embargo, dentro de este cuarto, más allá del hermoso ventanal, detrás de unas dispendiosas cortinas recogidas, alumbradas por la opaca luz, cuatro mujeres departían en un monótono juego de cartas entre brumas y humaredas de tabaco y otras hierbas. El cuarto era tan amplio como desde fuera cualquiera se lo podría suponer y estaba dispuesto perfectamente para la tranquila ocasión; algunos pocos muebles recogidos hacía las esquinas, un hermoso adorno victoriano puesto cuidadosamente en un rincón, como para que no estorbara pero que no perdiera su función estética, un hermoso mueble de cedro contendor de pomposas bebidas escogidas cuidadosamente para la ocasión colocado en un extremo del salón pero lo suficientemente cerca

para que ninguna de las damas olvidara el contenido del mismo. Y en el centro una elegante mesa de juegos de azar, con un tapiz violeta de terciopelo tan sedoso que, más que a un amistoso juego de cartas, invitaba a impúdicos y pecaminosos encuentros clandestinos, como sin duda los había albergado alguna vez.

Capítulo 2

SIMONE.

Las cuatro damas departían apaciblemente, casi aburridas, haciendo comentarios superfluos mientras cada una mimetizaba su atención a un destino específico; la primera, la más joven, a quien llamaremos Simone porque así se ha decidido. Una mujer que comenzaba a pisar los ingratos derroteros de la madurez. Emperifollada con un hermoso vestido de seda negra con detalles orientales totalmente cerrado en su cuello pero con una pronunciada abertura en su pierna izquierda. De estilo muy simplista, Simone tenía mucho cuidado en no recargar en exceso su imagen; su cabello corto, negro como las penumbras, trasquilado de medio lado pero sin llegar a caer en una "ridícula" versión vanguardista; su maquillaje, sobrio y en cierto sentido, opaco, le acentuaba muy correctamente sus raíces eslavas y camuflajeaba un poco su casi translúcida piel. Su delgado y esbelto cuerpo era un delirio para cualquier hombre, pero sobre todo, en los últimos 15 años se había convertido en una mina de oro para su cirujano plástico.

Simone, mientras observaba sus cartas sin realmente importarle si el seis que tenía era eso en realidad o un nueve al revés, recordaba a Cesar, su instructor de pilates, alto como una pared, macizo, como esculpido en piedra, brillante en sudor, con ese bronceado mediterráneo que tanto le excitaba; se lo imaginaba en el estudio de su propio apartamento, con su rutinario esposo engullendo su comida como el cerdo que por momentos le parecía, con sus dos hijos pre adolescentes ensimismados en sus propias problemáticas, tan superfluas como por momentos parecían. Y hay, con el sonido de los tres insoportables individuos adentrándose en sus insufribles vidas, Simone se imaginaba a sí misma, en el cuarto contiguo, siendo avasallada por el corpulento adonis, sus ropajes arrancados con el salvajismo de un imperioso deseo que ya no soporta un segundo más de espera. En lo profundo de su mente sus pezones eran mordidos con tal violencia que casi pudieron sangrar hay, en frente de sus cuatro amigas; en su fantasía Braulio la abofeteaba con tal furia y lascivia que sus cachetes se ruborizaron más allá de su sombrío maquillaje; sus nalgas eran arañadas con tal violencia que literalmente le ardían en su asiento. Poco importó todas las veces que le había flirteado a Cesar en los últimos meses sin recibir respuesta satisfactoria; poco importó que ya a esta altura Simone supiera por el gusto de este por sus pares masculinos; hoy, en ese instante, en ese rincón que era tan suyo e íntimo, Cesar se convertía en el más salvaje e insaciable amante, ese que Simone tanto anhelaba. Y hay, en el momento del clímax fantástico cuando el colosal adonis se disponía a saciar el hambre de esa jugosa entrepierna, el sopor de la mujer se vio interrumpido por una voz muy nasal y punzante: - "¡Mujer, estamos esperando por ti!" - sonido amargo y despreciable que terminó de facto el idílico sueño de una muy insatisfecha Simone.

- "¡Vaca infeliz!" - se dijo en sus adentros mientras dirigía su afectuosa e hipócrita atención a la mujer sentada a su derecha, raíz de su orgasmo vulnerado. En seguida Simone, haciendo uso de toda su fuerza para no perder la compostura y recobrar su eterna palidez pidió dos cartas, no porque las necesitara realmente sino para guardar las apariencias. Acto seguido el juego continuó, los comentarios pueriles y banales coparon todo el espacio en el cuarto cobrando la importancia que nunca tuvieron. Simone agitó su vaso en dirección a la muchacha de servicio sin siquiera dignarse a pronunciar su nombre y apenas indicándole que ahora deseaba un whiskey en las rocas. Simone deseaba bajarle un poco la temperatura a su caliente cuerpo; si hubiera podido habría ido al baño más cercano en aras de echarse un poco de agua fresca en el aún ruborizado rostro, pero estaba consciente de que si lo hacía dejaría a la vista el cojín humedecido debajo de sus posaderas, dejando en evidencia su soporífero momento. Al instante de volver la criada con su bebida alzó Simone un momento su vista y notó al intimidante guachimán de la dueña de la mansión; un trigueño alto y corpulento con expresión de verdugo medieval. De inmediato Simone sintió una intimidación visceral e instintiva por aquel sujeto con cara de leopardo a la expectativa, emoción que de inmediato empezó a recrudecer el húmedo bochorno en su entrepierna.

- Te toca Simone... Si es que aún estás con nosotras. - Añadió aquella voz nasal y molesta mientras el otro par de damas soltaban algunas elegantes carcajadas.

- "Gorda inmunda" - Pensó nuevamente mientras hacía un pedestre comentario y soltaba una escueta sonrisa. Simone siguió su juego, sus comentarios superfluos y sus risas fingidas. Le tocaba conformarse con lo que tenía; su aburrido esposo, sus ensimismados hijos, y los encuentros clandestinos con su adolescente sobrino a quien le estaba enseñando a ser hombre. - "al menos tiene un buen pito..." - Se dijo nuevamente mientras soltaba un tenue suspiro de resignación apenas perceptible por el otro trío de mujeres pero muy presente para el enorme e intimidante guachimán y la enjuta mujer de servicio. Simone te tocará conformarte con lo que tienes... Y con la jornada por venir.

Capítulo 3

OFELIA

A la derecha de la primera mujer, la segunda, a quien llamaremos Ofelia porque así ha sido decidido. Una mujer enorme desde cualquier percepción apreciable; enorme en tamaño, ya que desde tiempos remotos su estatura causaba admiración entre mujeres y hombres por igual; su altura era tal, que desde su ya lejana juventud Ofelia había desdeñado cualquier calzado que la elevara más de una pulgada del piso por temor a que nadie pudiese notar sus hermosos ojos azul cielo. Enorme en anchura, ya que lo único que competía con su gran tamaño era su prominente abdomen que parecía no tener comienzo ni fin y que acentuaba aún más aquella prominente humanidad. Todo aquel que la observaba en sus siempre brillantes y holgados ropajes de diseño, atiborrada con sus escandalosas alhajas doradas, se preguntaban si aquella enorme panza nacía en la boca del estómago, como es lo normal, o si ya habría absorbido los senos, eliminándolos de facto, naciendo así desde un cuello ya casi inexistente, y si de la misma forma aquella casi mórbida gordura tenía un fin corriente o, de lo contrario, ya habría tragado sus partes nobles dejando en su lugar una despreciable e inmunda cloaca. Enorme en soberbia, ya que todo aquel que tuviera el placer que toparse con la enorme Ofelia sentía la hiel de aquella mujer que parecía creerse magnánima, omnipresente y todopoderosa. Tal era su soberbia que hasta su insignificante esposo, un hombre pírrico y miserable, parecía ya la sombra de lo que alguna vez fue un ser vivaz y resplandeciente, quedando en su lugar un hombre apenas merecedor del término. Enorme en riquezas, ya que por muy desagradable que esta fuese, si algo tenía la gran Ofelia era un olfato innato para detectar una maravillosa inversión, logrando con ello transformar una ya de por sí cuantiosa fortuna, que heredó por abolengo, en algo que era tan mórbido como su propia persona.

Enorme, si una palabra describía plenamente a Ofelia era esa, enorme. Todo en ella era exagerado, casi vulgar, incluyendo sus extraños fetiches e idiosincrasias, todas atizadas por su monumental amargura. La enorme Ofelia sentía especial placer en restregarle su superioridad ante cualquiera que tuviera el mal haber de cruzarse en su camino; por ello disfrutaba especialmente estas semanales reuniones con sus "amigas" para así poder ufanarse ante estas por todos los logros que su grandioso intelecto conseguía, pero esta noche era especial, era una noche entre noches, una de esas épicas jornadas que solo se daban muy esporádicamente por qué; - "de lo bueno poco y así podrá ser disfrutado plenamente"- Se decía la gran Ofelia por sus adentros mientras observaba sus cartas aún sin perder la atención de la pedestre competencia e intentando, exitosamente por demás, mantener a raya sus ansias, tan enormes como ella misma.

Los comentarios banales se entrelazaban como encadenados, como si la inercia del momento los ordenara en fila india, mientras la gran mujer, con una palpable soberbia, le ordenaba a la muchacha de servicio que rellenara su bebida; - "Si solo supieras, campirusa... - Pensó por sus adentros Ofelia mientras observaba a la bella morena contonearse mientras se alejaba llevando su vaso para así poder rellenarlo, sin saber que la joven de servicio pensaba algo parecido en relación a la obesa mujer.

Mientras esto sucedía aquel intimidante guachimán miraba la hora, como cerciorándose de estar a tiempo para una cita por cumplir, y con un ademán apenas perceptible pareció pedir permiso a aquella que marcaba sus designios, señal que la perceptiva Ofelia tubo bien en apreciar, dejando escapar casi inconscientemente una muy tenue sonrisa de satisfacción e intercambiando cómplices miradas con aquella sentada a su derecha, la anfitriona de la noche.

De la misma forma que con su cómplice a su derecha, casi sin darse cuenta Ofelia se encontró intercambiando miradas con el amenazante vigía, las cuales llegaron a inocularle un temor tan genuino como instintivo, y tan instintivo como desconocido. Aquellos gélidos ojos negros, esa mirada penetrante y cargada de una emoción que a la enorme mujer se le hacía indescifrable, pero que fácilmente podía interpretarse como una gran ira contenida, como si un interminable océano de perversiones estuvieran siendo contenidas a más no poder. - "¡Dios!, ¿de dónde habrá sacado a ese hombre?" - se preguntó la prominente mujer por sus adentros después de bajar su mirada rápidamente, intimidada como nunca antes por aquel hombre que con su actitud amenazante lograba cautivarla como hacía eones nadie lo hacía. Con el mismo disimulo de su prepotente carácter Ofelia hacía fuerzas para recordar el nombre de aquel extraño individuo; - "Fernand... Ferdinand... Fernandinh..." - Justo cuando Ofelia sentía que aquel nombre se le iba a deslizar por la lengua, una pueril y soslaya conversación entre la mujer emperifollada sentada justo en frente de ella y la anfitriona de la jornada a su derecha la sacó de su sopor:

- ¿Cómo es el nombre de ese hombre horrible que hace de tu guardaespaldas? Es espantoso...

- Ferdivano, querida... Y será espantoso pero es muy efectivo, ya te darás cuenta... - Respondió la anfitriona con una sonrisa socarrona y malévola.

- "Ferdivano... Tan raro como él..." - Pensó Ofelia con encono, como despreciando ese temor cautivante y excitante que el sujeto le inspiraba y, axiomáticamente, despreciando al sujeto en sí. - "Bueno... Con esa cara... Sin duda debe servir para lo que se viene." - Pensó nuevamente Ofelia con un dejo de satisfacción mientras dejaba saber a sus cómplices

que esa mano la tenía ganada. Si Ofelia, ese hombre servirá perfectamente.

Capítulo 4

VALENTINA.

Al frente de la segunda mujer hallábase una tercera, a quien llamáremos "Tina", porque así la llamaban sus amigos, aunque también la podríamos llamar Valentina porque así se ha decidido y en esta jornada en particular sus amigos no se hallaban presentes. Tina era lo que los esnobistas aristócratas gustan llamar, "una nueva rica", una mujer que pasó la mayor parte de sus casi cincuenta años entre las "pueriles" satisfacciones de la clase media y las carencias de la pobreza, y que gracias a un "golpe de suerte", axioma dada por sus prepotentes nuevas amigas, su pequeña empresa de asesoría inmobiliaria transmutó en una gran negociante de propiedades en la ciudad. De esa forma Valentina, con la rapidez de un parpadeo, cambió los ropajes ilusos de marcas fantásticas a suntuosos y escandalosos trajes de diseño que parecían gritarle al mundo: "mírenme, que he llegado para quedarme"; de la misma forma "Tina" cambió el jamón cocido de tercera por el jamón serrano español, el queso paisa aguado por el queso de cabra holandés, el cartón de sangría purgante por los vinos Oporto y Chateau, las alhajas de latón bañadas en ordinaria fantasía por las más estridentes joyas que craqueaban a cada paso. De esa forma la viuda madre de tres hijos pasó de ser una amargada solterona que siempre estaba más pendiente de aquellos cuya vida envidiaba a vivir esa vida soñada, siempre intentando llevar el paso de aquellas que en el fondo la despreciaban y, sobre todo, aprovechando a dar rienda suelta a cuanta bizarra fijación pudiera tener.

Tina encontrábase a sí misma particularmente ansiosa esta noche; no porque la compañía de las otras tres elegantes mujeres la intimidara, que lo hacía, no porque le pareció familiar el rostro color canela oscuro de la atractiva muchacha de servicio, que de hecho si conocía, no porque la actitud parca y gélida del gran guardaespaldas la atemorizara, que de hecho la hacía hasta su propia medula. No, esa noche Valentina encaraba una jornada de estreno, de varias primeras veces, como si una adolescente virginal se preparara a entregar su angelical sexo varias veces en una sola jornada, y por ello la anticipación la empezaba a hacer transpirar más allá de la conveniencia. la mujer cuyo cabello recién había teñido de un escandaloso rojo fuego pensando en la ocasión, cuyas uñas de acrílico lucían más largas que nunca y hasta un poco afiladas, cuyo maquillaje recargado casi desfiguraba lo que era un rostro hasta cierto punto agraciado, cuyo enjuto tamaño era compensado por un relativamente atlético cuerpo, encontrábase intentando apaciguar y disimular una agresiva andanada de sudor usando esas cartas, que a este punto eran meros adornos o utensilios, como un improvisado abanico ; esa anticipación le soslayaba cualquier morbo y empezaba a atemorizarla; Tina se preguntaba ahora en sus adentros si en realidad había sido buena

idea participar de aquella jornada que, en los aún escuetos parámetros de su recién ganada experiencia, se le antojaba en extremo desenfrenada e inescrupulosa.

- "Será que me atrevo... Ese hombre se ve como muy grandote, salvaje... Muy oscuro..." - Se dijo Valentina en sus adentros, casi sorprendida por su perenne y siempre negado racismo, mientras barajaba el gran paquete de cartas, tan abstraída en sus propias reflexiones que no se daba cuenta que aquel manojo era ya un amasijo multiforme de cartones volteados de todas la formas habidas y por haber.

- ¡Valentina!, ¡mujer!, ¿no te das cuenta que tienes las cartas todas desordenadas? - Le señalaba la mujer a su izquierda, la solemne anfitriona, apenas ocultando el rechazo que esta nueva rica le producía.

Con una sonrisa mal fingida Valentina se excusaba ante la mujer a su izquierda y le extendía algunas palabras pueriles y tan insignificantes que apenas hicieron mella en el aire adyacente a ella. Con un movimiento solapado, casi ladino, Tina miró fugazmente a sus otras compañeras de juego y en una treta macabra de su propia mente las pudo ver deformándose ante sus ojos, como si un hambre inhumana, salvaje y siniestra las invadiera, todas tres observándola de vuelta, expectantes, al acecho, cual depredadores esperando por una jugosa presa. En ese segundo Valentina casi pudo ver las babas brotando de las bocas de las otras tres mujeres. Quiso huir, escapar como la virgen atemorizada que en este contexto era, pero cuando pretendió levantarse para excusarse e ir al baño y así convenir en sus adentros la mejor forma de encontrar la graciosa huida, dábase cuenta de que aquel intimidante guardaespaldas había abandonado su eterno puesto:

- "¡Mierda! Ya es tarde... Ya estamos por empezar..." - Pensó la mujer sin poder ocultar su decepción.

- ¿Qué pasa querida? Te ves nerviosa, ¿ansiosa por tu primera vez? No te preocupes. La primera vez es la más difícil pero la más sublime... - Manifestaba Simone con una expresión socarrona y en extremo maliciosa.

- No... No es eso es que... Es ese hombre... Ni siquiera sentí cuando se movió... ¿De dónde lo sacaste? - Preguntó Valentina buscando disimular si tribulación.

- ¿Ferdivano? Me fue muy bien recomendado y créanme cuando les digo que ha cumplido con creces a las expectativas, ha cumplido y mucho más. ¿Te intimida? Mejor, abraza esa emoción, hará que esta experiencia se te haga mucho más placentera. - Le respondía la solemne anfitriona mientras intercambiaba miradas punzantes con la atractiva mucama que le rellenaba su copa de vino.

Un suspiro profundo buscando tranquilidad, una sonrisa forzada, una mirada de reojo a la morena mucama. Valentina, encontrando sosiego, repartía las cartas a sus compañeras de juego, ya resignada a no poder cambiar su "suerte", resignada a que era ya muy tarde para echar para atrás, buscando en su adentros la entereza necesaria para afrontar lo que se venía sin saber, por que desconocía ese lado de ella, que no solo la afrontará sino se sorprenderá a sí misma. No te preocupes Valentina, porque de las cuatro solemnes participantes de esta jornada, aunque fuiste la última en llegar eres la que más pertenece.

Capítulo 5

ADELLE

Al lado de Valentina y Ofelia, y al frente de Simone se encontraba una mujer tan altiva como su estirpe se lo permitía; a ella la llamaremos Adelle porque así fue decidido, la solemne anfitriona; una mujer de perfil cerrado, nariz recta, corta y puntiaguda, artificial pero muy bien hecha, frente amplia pero casi petrificada, labios engrosados pero cónsonos con el resto de su cara, ojos redondos y negros como la noche, cabellos largos, abundantes y enrulados que rebotaban alegremente a cada paso; su siempre reluciente rubio ceniza, la rigidez de sus facciones, la simetría de su rostro y la vivacidad en su negra mirada ocultaban perfectamente las huellas de sus casi 60 años de vida. Si, Adelle era una mujer solemne en todo sentido; alta y robusta pero femenina, imponente e intimidante pero aun conservando algo del gran atractivo que la llevaron a un estrellato mediático en extremo estridente; elegante y distinguida al extremo pero sin temor a dejar salir algún improperio cuando la ocasión lo amerite. Siempre de punta en blanco, siempre combinada, siempre bien maquillada sin llegar al recargo, siempre correctamente ataviada con las más deslumbrantes joyas, siempre admirada y por lo tanto envidiada y, por sobre todas las cosas, siempre orgullosa de ser la admiración y la envidia de todos y todas, la gran Adelle Rosenthal.

De reina de belleza a modelo, de modelo a objeto sexual, de objeto sexual a actriz, de actriz a animadora, de animadora a productora, y de ahí, con los favores de ser heredera de una de las fortunas más prominentes de la distinguida comunidad judía, a ser una de las magnates más exitosas de la ciudad y fuera de ella. Adelle, ahora y desde hacía un prolongado tiempo, ya se encontraba a si misma disfrutando las mieles de toda su exitosa realidad. Desde unos 13 años atrás, momento en que decidió dar un paso al costado para que sus dos hijos asumieran el rol que para ellos soñó, la soberbia mujer ingenió nuevas formas para entretener su ahora ocioso tiempo; primero intentó con la filantropía haciendo campañas y grandes recolectas para los más pobres y necesitados, cosa que en su momento le pareció muy conveniente siendo ella descendiente directo de varias víctimas del terrible holocausto, pero lamentablemente el interesarse ciegamente por el bienestar de otra persona que no fuera ella misma representó demasiado labor para su ensimismada persona. Después, aprovechando su recién ganada soltería a cuentas de su segundo divorcio, decidió dar rienda suelta a su sexualidad contenida abrazando una rampante promiscuidad nunca explorada, lo que la llevo incluso a experimentar con la bisexualidad o con servicios de cortesanos muy exclusivos, clandestinos y particulares, siempre pensando en descubrir novedosas formas de satisfacción; lamentablemente, a consideración de la siempre sobria y quisquillosa mujer, sin importar qué,

un orgasmo al final es solo eso, un orgasmo. Y así Adelle se fue marchitando en el aburrimiento, entre jornadas interminables en rimbombantes clubes y reuniones hebraicas en extremo protocolares. La solemne mujer deseaba algo que aún no conocía y por ende su hambre no podía ser satisfecha hasta que, por azares del destino, aquello que buscaba frenéticamente lo encontró de la mano de una despreciable mujer a quien desde el primer momento repudió como la peste, una competidora en los negocios y en la soberbia; una mujer que hoy estaba a su izquierda y a la cual ahora atesoraba a pesar de su desagrado.

Desde hacía algún tiempo Ofelia y Adelle se intercambiaban semanalmente el albergar estas reuniones solemnes y distinguidas, y esta semana era el turno de Adelle, y en esta oportunidad había preparado algo especial, algo que en su ya retorcida mente sería épico, apoteósico; el sacrificio de la ignorante, de alguien a quien hundirían en una espeluznante decepción al comprender lo espuria de su odiosa seguridad, y ante esa siniestra perspectiva Adelle encontraba nuevos bríos en su siempre excitante "hobby".

La elegante mujer, con su siempre aguda precepción, miraba a sus alrededores con la certeza de saber exactamente lo que en estos se desarrollaba; Simone, ensimismada en sus fantasías sexuales aderezando sus fetiches próximos a ser satisfechos; Ofelia, siempre competitiva, siempre altiva, siempre prepotente, tan metida en el pueril juego de cartas como en la jornada por cumplir, Valentina o "Tina", tan inadecuada, tan nerviosa, su evidente incomodidad era un afrodisiaco más para Adelle; y ella misma, a sabiendas de que su inmisericorde vigía había salido del elegante estudio a cumplir sus designios y empezar a preparar lo que se avecinaba, apenas si recordaba aquello que hacía en esa distinguida mesa de terciopelo. Gin, canasta, Black-Jack, no importaba ya; Ofelia bien podía quedarse con todas las fichas, total aquello era solo una excusa para preparar a la inocente para el sacrificio.

- Yusmirí... Me parece que mi vaso está vacío. - Le indicaba Adelle autoritaria y cínicamente a su mucama a la vez que le clavaba una punzante mirada de desprecio. La esbelta joven tomó la pequeña copa de cristal italiano y procedió a rellenarlo; un vino muy tinto, tras lo cual lo devolvió a su "ama" con disimulado desprecio. Emoción, que aunque bien maquillada con sumisa disposición, no pasaba desapercibida por la astuta casi sexagenaria.

- "Zarrapastrosa infeliz, crees que tienes a Dios agarrado por la chiva..."

Capítulo 6

YUSMIRÍ Y FERDIVANO.

- "¡Vieja mal parida! Te crees la gran cosa... Espérate un poquito y veremos de que estás hecha...” - Se decía para sus adentros la joven doméstica a la vez que le entregaba una cordial e hipócrita mirada a Adelle, aderezándola esta con una sumisa sonrisa de sus perfectos dientes inmaculados.

Una bella hembra de piel tersa color chocolate, esa era la joven mucama a quien llamaremos Yusmirí porque fue así fue decidido, no por su madre o su padre, ambos tan etéreos como los gemidos de su procreación, no por sus abuelos o unos tíos diligentes, ni si quiera por un hermano lejanamente preocupado. No, Yusmirí ha sido Yusmirí por que veintitrés años atrás una aterrada e irresponsable adolescente regaló su recién nacida bebé al primer cristiano a quien tuvo oportunidad de entregársela; una inescrupulosa mujer a quien Yusmirí solo se refería desde hacía muchos años como "esa perra", y que desde el primer momento vio en la infante una forma de sacar provecho. Le puso ese nombre por darle una definición, por llamarla de algún modo, para poder referirse a ella con propiedad. Desde el primer día la infante no fue otra cosa que una mera herramienta, para pedir limosna, para lograr subsidios mal habidos o incluso para lograr uno que otro hurto miserable y mediocre. Poco la alimentó y mucho la violentó, poco la nutrió y mucho la humilló, poco la educó y mucho la supo llevar por el mal camino, ganándose la infame el muy temprano aborrecimiento de la niña que supo sentir odio antes de cualquier otro sentimiento. Yusmirí, quien apenas aprendió a leer y escribir, sumar y restar, o el significado de palabras tan pueriles y simples como geografía o historia, se desarrolló tempranamente y por ende la vil mujer que la malcrió vio una nueva oportunidad de explotarla apoyándose en un mundo siniestro y corrupto. Fue en este momento, tan prematuro como doce años después de su despreciado nacimiento que Yusmirí marcó una línea en la arena; - "¡NO MÁS!" - se dijo a sí misma antes de cumplir con la nueva ignominiosa disposición de "esa perra". Con las ínfulas de su recalcitrante rencor huyó con la promesa de volver algún día para cobrarle a aquella siniestra fémina todo el suplicio que por esos cortos 12 años le hizo padecer.

Así Yusmirí comenzó su devenir por la inmisericorde selva de cemento, deambulando como alma en pena de esquina en esquina, comiendo como podía, robando lo que podía, sobreviviendo como podía, escapando de siniestros atolladeros como podía y, eventualmente, prostituyéndose lo mejor que podía. La joven morena, cuyo desarrollo temprano la evolucionó hasta convertirla en una hermosa y provocativa morena de estatura promedio, senos puntiagudos y vivaces, trasero redondo y firme,

labios carnosos, nariz ancha, ojos negros y profundos, piel tersa y sedosa, y cabellos negros y ligeramente enroscados, entendió muy rápidamente la forma en que el frío mundo funciona; entrega algo y en la misma medida te será recompensado.

Sin importar que fuese su cuerpo, su honor o un pedazo de su alma, la joven fémina sobrevivió en ese hostil panorama, tanto que eventualmente se adueñó de su propio destino, dejando de ser una presa más para convertirse en una depredadora, timada y solapada, pero realmente eficiente. Porque si de algo podía Yusmirí jactarse con total orgullo era que, aún más que su voluptuoso cuerpo, su piel canela y sedosa, sus caderas seductoras o sus labios carnosos, su ingenio, su intelecto, era realmente prominente, una verdadera herramienta multifuncional, un arma mucho más peligrosa que cualquier lascivia que pudiese inspirar. Su capacidad mental, esa habilidad de ponderar mil situaciones con sus respectivas posibilidades, todo en un segundo, fue lo que la mantuvo; poco importaba que no fuese cultivada con la fertilidad de una buena educación porque la calle, la selva de concreto, la educó en las lides que bien le convinieron.

Sin embargo esa hermosa morena cuyo ingenio puede ser categorizado por los simples mortales como de "superdotada" encontrábase esta noche a punto de subir su nivel, de dejar de ser una simple ratera inmisericorde para pasar a ser una verdadera criminal con todas sus letras. Largamente lo ha estado pensando, estudiando, esperando al momento y las víctimas oportunas. Pensó en la situación idónea, penetrar un fortín otrora inexpugnable con la solapada confianza de su subordinación; contempló sus formas y posibilidades, recibir la ayuda de dos cómplices, sus dos amantes que gustosamente compartían los favores de la joven fémina, par de simplones mediocres que se conformaban con satisfacer sus más básicos y pueriles vicios, y que realmente caminaban por que veían al resto del mundo caminar; estudió a sus posibles víctimas, unas prepotentes "viejas" cuya altivez las llevaba a creerse inalcanzables, intocables, inconmensurables, pero atiborradas de suficiente dinero y joyas para disfrutar la vida por unos cuantos meses; ingenió su ardid, adentrarse en aquel fortín forjando maravillosas credenciales, ganándose la confianza de todas y todos, en especial de un intimidante guardaespaldas cuya parquedad y actitud gélida llegaban incluso a encantar a la bella morena. Pero el plan estaba en marcha y una pequeña atracción no la detendría; con su grado de esfuerzo resquebrajó la lejana actitud de aquel enorme y tozudo moreno, llegando incluso a envolverlo entre sus piernas un par de veces para así lograr sentir que lo tenía bajo su absoluto control. Poco importó cuanto lo disfrutó, o cuanto deseaba continuar disfrutándolo, el ardid ya estaba en marcha y Ferdivano esa noche debía conocer su fin.

El momento ya era el adecuado; ya por siete largas semanas la bella Yusmirí contemplaba como todos los jueves las cuatro insoportables

mujeres se reunían desde las 7 PM a jugar un monótono juego de cartas, sin más compañía que la del gran Ferdivano y ella misma, jornada que se extendía solo hasta las 9:30, momento en el cual el fornido guachimán desaparecía y ella era despedida por el resto de la jornada hasta el día siguiente cuando regresaba encontrando un desorden absoluto en aquel pulcro estudio. ¿Qué hacían durante la noche? Poco importaba.

El plazo estaba por cumplirse, el tiempo entre Yusmirí y sus dos trúhanes estaba perfectamente coordinado, el plan tenía forma de reloj suizo, 9:30 en punto y aquellos dos simplones irrumpirían violentamente, armas en mano, al mismo tiempo que la atractiva morena desenfundaría la suya que la tenía muy bien escondida casi a la altura de su radiante entrepierna; rápidos, fulgurantes, brutales y finalmente, inmisericordes. Eso sería todo, unos pocos segundos, ínfimos ruidos, ningún testigo, ningún doliente y mucha ganancia. Sin embargo un movimiento inesperado pareció precipitar los acontecimientos; el gran vigía abandonaba el estudio quince minutos antes de lo anticipado, lo que obligó a la esbelta morena a dar una señal furtiva, dando paso a un plan alternativo en caso de que un inesperado imponderable se suscitara; encender una lámpara dos veces avisando a sus dos compinches que el momento había llegado. Ferdivano, un imponderable muy inconveniente; Yusmirí había contemplado la posibilidad de inmiscuirlo en su plan amén de haber disfrutado tanto tenerlo dentro de sí, sentir su aliento, su sudor empapándole el cuerpo, por un efímero instante incluso llegó a sentir un desconocido hormigueo en el vientre en el momento del último orgasmo, una mirada cómplice y afectiva con aquel hombre que los interconectó por un segundo, pero esa actitud parca y lejana le impidió tenerle la suficiente confianza para imaginárselo más allá de un gemido, de un mordisco, de un compartir de alientos. Ferdivano, el imponderable que ahora se hacía tan tangible como espectral.

La señal fue dada solapadamente, aquellos dos sátrapas debían ahora precipitarse violéntamente arrasando con todo lo vivo que encontrasen en su camino. Solo unos cuantos segundos tenía Yusmirí para dominar a las cuatro mujeres que tanto desprecio le inspiraban. Las ansias convertían su joven pecho en un hervidero, el arma que llevaba escondida en su muslo, casi a la altura de su sexo, le talló más que nunca. Por un segundo se volteó para darles una última ojeada, como buscando una siniestra inspiración para cumplir con aquello que al final debía cumplir. En ese eterno instante casi pudo rememorar lo que aquellas odiosas féminas le inspiraban; la artificial Simone y su constante necesidad por satisfacer un deseo irrefrenable; Ofelia, la soberbia, la prepotente, la amorfa, su solo contemplación era una afrenta a los sentidos y emociones; Valentina, la nueva rica recién llegada, era la primera vez que la veía pero su actitud nerviosa e inadecuada casi que le produjo una lástima instintiva pero, como lo estuvo pensando Yusmirí toda la noche, ¿quién la mandaba a estar donde no pertenece? Y Adelle, "la ama", la peor de todas, tan prepotente, tan engreída, tan segura de sí misma. Para Yusmirí sería un

enorme placer ver los empavorecidos ojos de Adelle mientras acabara con su vida; hubiera sido un delicioso plus, pero poco sabía la hermosa morena que en esta reunión en particular ella era la real protagonista, poco sabía que cuando le servía a su "ama" su trago y despotricaba sobre ella en su mente aquella lo hacía a título muy personal:

- "Zarrapastrosa infeliz, crees que tienes a Dios agarrado por la chiva... Pues tu momento ha llegado, sucia."

Capítulo 7

LA CELEBRACIÓN.

Un grito que rompió el sopor nocturno como un estruendo visceral; un alarido salido de una rabia instintiva y contenida por varias semanas: - "¡QUIETAS, PERRAS!" - Yusmirí, arma en mano, volvíase sobre su eje mirando ahora a las cuatro mujeres con un rencor tan profundo que desorbitaba sus bellos ojos negros y deformaba su agraciada cara. - "¡Si se mueven se mueren, sucias!" - añadía con virulencia a la vez que lentamente se acercaba a la puerta del estudio como previniendo la entrada de los dos mediocres que la ayudarían a completar su anhelado golpe. Sin embargo, con la velocidad de un parpadeo, una sensación maligna invadió su ser, un presentimiento tétrico, como si un demoniaco espectro la asechara cínica y cruelmente; sensación que no salió de la nada o por puro talento extra corpóreo. No, las caras de sus supuestas víctimas le indicaron que algo no estaba bien; aquellas caras que debían estar inundadas de sorpresa y de pavor, y que ahora veía como la observaban con una desgraciada comodidad, casi complacidas con la virulencia de su supuesta atacante, como si no solo esperaran sino celebraran aquella intempestiva explosión emotiva y mal intencionada. Con excepción de una extra acelerada Valentina, las otras tres mujeres, que apenas si se habían levantado de sus respectivos lugares, notabánse completamente relajadas, todas risueñas, en especial Adelle, quien acompañaba su complacencia con unas elegantes carcajadas.

- ¿De qué te ríes vieja de mierda? - Cuestionó la exaltada morena conteniéndose de no soltar un inoportuno disparo a destiempo.

- La rata queriéndose comer a la serpiente... El mundo al revés. - Respondía Ofelia por su lado con absoluto desparpajo.

Justo en el momento cuando Yusmirí pensó en castigar aquella afrenta tan impensada la puerta del estudio se abría. La bella morena instintivamente supo que sus dos mal llamados compinches no eran los que arribaban a la escena, que aquel presentimiento funesto estaba a punto de explicarse a sí mismo. Con un movimiento violento y fugaz intentó dirigir su atención a quien fuera que estuviera en ese umbral con la firme intención de descargar toda la munición que su arma tuviera, intención que fue abortada en sus propias ciernes cuando una enguantada mano firme, fuerte, impávida, conocida, detuvo en seco su mano armada con tal fuerza que Yusmirí sintió que sus dedos pudieron romperse en ese mismo momento. Acto seguido, sin que siquiera los sentidos de la atractiva morena absorbieran completamente a aquel ser que la dominaba, sintió como una mano tan dura como un mazo de mármol estallaba en su delicado cachete, tumbándola de insofacto y dejándola completamente

aturdida.

Quiso reponerse de inmediato y no mostrar esa vulnerabilidad que tanto detestaba; quiso alcanzar un arma que ya era tan ajena que prácticamente era inexistente; quiso entender con claridad aquellos ecos siniestros que se suscitaban entre su modorra, burlones y cínicos; quiso observar completamente a ese poderoso agresor y así confirmar una noción tan segura como su propia indefensión. En dos segundos Yusmirí quiso un sin fin de cosas sin poder conseguir ninguna.

A los pies de la maltrecha fémina Ferdivano la contemplaba impávido, inmutable, como si recién no hubiera descargado un ápice de su enorme fuerza en aquella cara que otrora acarició, o como si recién no hubiese victimizado a los dos torpes que se suponía debían victimizarlo a él. - "Agarra a la perra y llévala a que conozca el sótano." - Le ordenó complacida Adelle a sabiendas de que el gélido hombre era capaz de los actos más ruines imaginables; si los disfrutaba o no, no lo sabía, nadie podría saberlo dada la sobriedad del individuo pero de que era perfectamente capaz ya Adelle sabía que lo era.

Simone pretendió acercarse a la tambaleante morena mientras era levantada cual muñeca de trapo pero la autoritaria voz de Ofelia la detuvo en seco: - "Cálmate querida, mira que primero tenemos que cambiarnos, no querrás manchar tu hermoso vestido con la sangre de la campirusa esta... Además el primer zarpazo es para "Tinita", mira que ella es la virgen." - en seguida las tres mujeres, al unísono, voltearon a ver a la mujer que, casi por inercia, se fue rezagando lentamente. Por fin, la sorpresa que debió coparlas minutos antes las anegó en ese instante cuando observaron la cara de Valentina, a quien hasta ese momento notaron nerviosa e inadecuada, totalmente desorbitada, casi deformada, como si fuera una hiena famélica contemplando su tan anhelada presa. La condición morbosa de Valentina era tan evidente y sorpresiva que hasta el inmutable Ferdivano perdió su perenne ecuanimidad cuando, sin haber levantado completamente a la aturdida morena, notó esos ojos saltones de Valentina, su respiración acelerada, su boca jadeante casi al punto de secretar babas. Valentina había transmutado sin darse cuenta y ahora estaba decidida a dar rienda suelta a una locura que ni ella misma estaba al tanto que existiese.

Acto seguido, con un movimiento casi felino, la madura mujer se le abalanzó a la aún atolondrada e indefensa Yusmirí. El salvajismo fue tan épico como demencial; sin darse cuenta aquella mujer que hasta cinco minutos atrás se cuestionaba por su presencia en ese aciago lugar se vio a sí misma tumbando a la maltrecha mujer y encimándose sobre ella. Enseguida empezó a arañarla profusamente; su nariz, su boca, sus ojos, no hubo lugar que no fuese vejado por la lunática fémina quien, llevada por su locura, gruñía y gemía como un animal. En un brutal movimiento "Tinita" le arranco una oreja de un mordisco y en seguida empezó a

engullirla como si fuese un delicioso entremés.

El espectáculo era dantesco y como tal los espectadores estaban, cada uno a su modo, impresionados; a Simone le efervecía la entrepierna de excitación, Ofelia pensaba, con su grado de decepción, que esa noche ella no llevaría la batuta en la masacre, Adelle reía a carcajadas viendo a Valentina desatar todo su desenfreno. Ferdivano, por su parte, había quedado petrificado ante un espectáculo que incluso a él se le hacía irreal, mientras Yusmirí se veía reducida a su más miserable expresión; una simple e indefensa víctima a merced del desenfreno de una inesperada psicópata.

- ¡Gorila!, ¿Tú para que estás aquí? Agarra a esa loca, no ves que no va a dejar para nadie. - Demandó Ofelia dejando salir un poco de la frustración que la embargaba.

En seguida el enorme sujeto tomó a la enardecida mujer y la controló lo mejor que pudo. Por un segundo Ofelia se sintió extrañada al ver que el leal guardaespaldas llevaba ahora las manos enguantadas con un par de guantes de cuero negro, a diferencia de tiempos pretéritos cuando siempre las llevó descubiertas. Esa ínfima duda, que debió ser providencial, se vio disipada rápidamente cuando la indefensa Yusmirí, ahogada en su horror, embadurnada de su sangre, desfigurada brutalmente, se arrastraba con dificultad por la onerosa alfombra que engalanaba aquel estudio. Su llanto era irrefrenable, por mucho que deseara contenerlo, su terror, su decepción y su dolor la compelían a ahogarse a sí misma en lágrimas color carmesí; Gemía con dificultad, como preguntándose aún si aquella era de hecho una realidad o era parte de una somnolencia espeluznante producto de una mal "viaje".

Las mujeres la observaron un segundo, triunfantes, orgullosas, excitadas, hambrientas, tan seguras de su propio universo que bien se hubieran podido llamar a sí mismas diosas entre míseros mortales, contemplando cada una como atormentar mejor a aquella que ya era oficialmente la siguiente víctima en una larga lista de disfrutes perversos e ignominiosos.

- Ferdivano, agarra la sucia esta y llévala a su "llegadero"; nosotras nos cambiaremos y nos veremos allá en dos minutos. - Le ordenó Adelle con total desparpajo, sin molestarse en dirigirle aunque sea una mirada a su subalterno, mientras sostenía del brazo a la aún frenética Valentina.

En un segundo Valentina, poseída aún por su avernal frenesí, se soltó del firme agarre que Adelle le tenía pretendiendo volver sobre la indolente y enrojecida Yusmirí, intención que se vio frustrada en menos de un paso cuando la enloquecida mujer recibió un disparo certero que le atravesó el cuello, destrozando su garganta, acabando con su insospechado episodio de demencia y tumbándola agonizante justo al lado de la mujer a quien pretendía terminar de victimizar. Al ver a la ahora agonizante mujer a su

lado un rayo de esperanza le devolvió la vida a Yusmirí quien, con euforia animal, se encimó a su otrora agresora y empezó a estrellar su cabeza salvajemente contra el suelo, con tal fuerza que poco pudo amortiguar la gruesa alfombra la virulencia de los impactos; un "crack" le reventó totalmente la nariz, otro "crack" y la cabeza ya se estaba deformando, un tercer "crack" y el cráneo ya estaba abierto.

Sin entender ni un atisbo lo que acababa de pasar las tres sádicas mujeres se volvieron al lugar de donde provino aquel disparo; terror, incredulidad, sorpresa, emociones que no pudieron ser entendidas en su totalidad ya que el siguiente disparo se hacía inminente. Simone pretendió correr, con la absurda noción de que podía vencer en velocidad a una bala. Patética ilusión que ni siquiera llegó a concebir en realidad ya que su vestido, aquella indumentaria que le acentuaba su tallado, escultural y artificial cuerpo, se le enredó con tan solo el primer paso, haciéndola tropezar y caer con su propio peso; antes de tocar el suelo un disparo atravesó el mero centro de su espalda y un segundo se enquistó en su hermosa nalga derecha. Tan solo tocar la alfombra y sin siquiera entender que sus piernas eran ahora inútiles, la siempre lujuriosa Simone tenía encima a Yusmirí quien, aún colmada con su irrefrenable ira, estrellaba su insaciable cabeza contra el piso con la misma fuerza que unos segundos antes usó para destruir la cabeza de Valentina.

- ¿Qué puta mierda haces miserable? - Cuestionó Ofelia todavía pensando que tenía autoridad alguna en aquella situación. En seguida un disparo impactó su prominente barriga obligándola a caer sobre sus rodillas. La soberbia mujer no daba crédito aún a su contraria realidad y, como tal, miraba a su victimario pensando todavía que tenía la virtud para cuestionar sus actos. Sin embargo, antes de Ofelia añadiera clavos a su ataúd o su victimario proyectara un segundo disparo a esa redonda cabeza, Yusmirí le saltó por detrás y la jaló a su dirección; en un movimiento felino la enfurecida morena se ubicó encima de la enorme mujer y como pudo ubicó sus manos en aquel casi inexistente cuello, apretándolo con tanta fuerza que los ojos de la despreciable mujer casi saltaron de sus cuencas.

Adelle no entendía todavía que pasaba, o por qué pasaba, o en qué momento empezó a pasar lo que estaba pasando, pero ahora era ella cuya vida pendía de un hilo que estaba presto a romperse. Sus manos en alto, las lágrimas surcando por su rostro y desfigurando su maquillaje, su corazón palpitando con tal fuerza que casi podía notarse por encima de sus costosos ropajes. Adelle nunca imaginó que aquel fiel esbirro cuyo salvajismo encontraba tan conveniente se convertiría ahora en su victimario, el verdugo de una vida tan privilegiada como atroz. Ferdivano le apuntaba ahora con su rostro impávido, impoluto, con esa mirada gélida cuya atención sola parecía una sentencia de muerte tácita.

- No me importa por qué haces esto... - Suplicaba la siempre segura

fémina ahora reducida a una patética y lamentable sombra de sí misma. - ... Pero si te detienes ahora te haré uno de los hombres más ricos de la ciudad... Del estado... Del...

Un golpe seco le interrumpió la súplica y su sorpresa se vio de insofacto suplantada por la desesperanza de entender con total certeza que su retorcida vida llagaba a su llegadero. Lentamente Adelle se volvió para oficializar lo que era obvio; Yusmirí, ensangrentada, maltrecha, pero aún enardecida, sosteniendo en su mano derecha un pesado y enturbiado cenicero de mármol gris. - Vieja mal parida, hay vainas que tu puta plata no puede comprar. - un segundo golpe de Yusmirí y el ojo de Adelle saltó de su cuenca y su cuerpo cayó cuan pesado era sobre la alfombra.

Al pie de Ferdivano cayó Adelle agonizante, balbuceando entre su sangre, como preguntándose cómo se sucedió aquel inesperado desenlace cuando un certero disparo acabó con su miseria. Así terminaba la gran celebración de las cuatro mujeres; comenzaron su jornada lujuriosas, soberbias, ansiosas, tan seguras como siempre y la terminaban embarradas en su propio sadismo, siendo contempladas por aquella a quien pensaron victimizar y traicionadas por quien nunca debieron confiar.

Capítulo 8

UN NUEVO HOMBRE.

Yusmirí observaba a Ferdivano con el mismo despego que él la miraba de vuelta, ella con el pesado cenicero en su mano y él con la aún humeante pistola en la suya. Pudieron agredirse mutuamente en ese instante, matarse, acabar cada uno con la vida del otro, pero algo los detenía. Yusmirí quería soltar su improvisada arma pero aún no sabía si era menester hacerlo mientras Ferdivano parecía estudiar una infinidad de opciones. De pronto la maltrecha joven observó en esos gélidos ojos negros un atisbo de emoción; una tenue sonrisa cómplice le confirmó aquello que Yusmirí en fondo siempre deseó. En seguida ambos soltaron sus herramientas y se entregaron en un extraño pero intenso abrazo. La golpeada mujer sentía por primera vez que alguien hacía algo por ella de forma genuina y honesta; sentía que había sido salvada por aquel hombre que segundos antes la había entregado a sus depredadores, y por ende se entregó con fervor a ese abrazo que deseaba fuese eterno.

Ferdivano la apretujó con gran fuerza contra su macizo cuerpo, como dejando entender que no deseaba soltarla, porque de hecho no quería hacerlo, pero una razón ulterior lo motivaba, una razón muy lejana al heroísmo o al amor, una razón siniestra. De pronto la alejó un poco de su torso, lo suficiente para tomar su delicada y maltrecha cara con sus grandes manos aún enguantadas; las miradas de los dos pares de ojos negros se conectaron como nunca lo habían hecho antes. Un gran beso estaba a la orden pero, en cambio, mientras Ferdivano, casi entre lágrimas, susurraba "lo siento", con un violento movimiento de sus fuertes extremidades partió el delicado cuello de la joven mujer que comenzaba a probar las mieles de la esperanza. En seguida Yusmirí cayó con su peso sobre los brazos del asesino, inerte, muerta, hasta que aquel la soltó delicadamente sobre el suelo, casi como pidiendo permiso de hacerlo.

- De verdad lo siento... Pude amarte tanto, pero eres mi cruz, estabas destinada a serlo y siempre lo serás. - Enunciaba el hombre mientras, palabra a palabra, recobraba su acostumbrada ecuanimidad. Nadie sabrá realmente lo que pasó este día, porque Ferdivano sabía exactamente que hacer para ocultar sus huellas y porque además tenía un muy poderoso mecenas para respaldarlo, nadie lo sabrá, pero este día, esta jornada siniestra debería quedar en los anales del tiempo porque en este día murió Ferdivano y nació un nuevo hombre, alguien que trastocará las bases se una sociedad corrupta y retorcida, en este día a nacido; IVANO, no por decisión de sus padres, tutores, conocidos, o tan siquiera por los dioses corruptos y rastreros, es Ivano porque así lo decidió él mismo.